



Brújula
Volume 11 • 2017

Homenaje a Ricardo Piglia

La Brújula de Ricardo Piglia

Febe Armendariz
Julia Medina
Dolores Miralles Alberola
Corinne Pubill
Rebecca M. Stephanis
Jennifer M. Valko
Comité fundador de la revista *Brújula**

En lo que quizás fuera un giro argumental inesperado, Ricardo Piglia vivió en Davis durante el año académico 2000-2001, en el que ejerció como Profesor de Literatura del entonces Departamento de Filología Clásica e Hispánica de la Universidad de California en Davis. Ya antes, Ricardo había visitado brevemente Davis en el otoño del 1998 para presentar una charla sobre Borges ante profesorado y alumnado en un íntimo salón de seminarios en el

* Copyright © Febe Armendariz, Julia Medina, Dolores Miralles Alberola, Corinne Pubill, Rebecca M. Stephanis & Jennifer M. Valko, 2017. Used with permission.

edificio de Sproul Hall. La gentileza de su voz, el ritmo de su entonación, la simpática coreografía de sus gestos, junto a la claridad con la que hablaba, exigía la atención y el silencio absoluto de la audiencia. A diferencia de lo acostumbrado en otras charlas y seminarios docentes, él no necesitaba apuntes para comunicarse ni tampoco una jerga rebuscada para transmitir el privilegiado calibre de su pensamiento y conocimiento. Aquella visita, junto a su estadía transitoria por aquel pueblo del norte de California, marcaría un antes y un después en la trayectoria académica e intelectual de una gran parte del estudiantado.

A finales de la década de los setenta, en 1977, California ya le había dejado marcado, al realizar una estancia como profesor visitante en la Universidad de California en San Diego, su primera en Los Estados Unidos. Piglia recordaba esta época con afecto, pues además de encontrarse en La Joya con el imponente entorno de la costa del Pacífico, allí coincidió con un grupo artístico e intelectual con cuyos miembros (entre los cuales destacaban en aquel entonces, por ejemplo, Herbert Marcuse, Frederic Jameson y Claudio Guillén) consolidó una dinámica y amplia red. Algo paradójico fue este recorrido intermitente entre el sur y el norte de California: empezando su carrera en la codiciada costa sureña y poniendo el broche de oro décadas después en ese desconocido pueblo agrícola cuando ya se había erigido en un clásico contemporáneo.

A Davis llegó dispuesto a quedarse el tiempo que fuera, aunque la ciudad y la universidad le quedaran pequeñas. Alquiló una hermosa casona amueblada

ubicada muy cerca del campus, en una vistosa calle enmarcada por frondosos robles. Aun así, le costaba llegar hasta ella y nos turnábamos (e incluso competíamos) para tener el privilegio de encaminarlo. Pese a los muebles ajenos y a su aparente desorientación espacial, el nomadismo que caracterizaba su vida le permitía sentirse a gusto donde estuviera, aunque fuese de paso. Se entregó generosamente a la enseñanza y dio a sus estudiantes más de lo que él mismo se había podido imaginar. Además de los seminarios y cursos que impartió, y los proyectos de tesis que se dispuso a dirigir, fue un modelo ejemplar de profesionalismo y humanidad. Su persona refutaba cualquier estereotipo porteño y su humildad era la antítesis encarnada de cualquier viso de prepotencia.

Antes de decidir marcharse ya había reunido a un grupo de seis estudiantes para proyectar la que quería fuese una revista académica. De este modo, nos quiso dejar algo para compensar su ausencia, algo que para él había sido una oportunidad formativa. Ya el 7 de marzo de 1962, haciendo referencia al par de años que estuvo a cargo de la revista *Liberación*, Piglia había escrito: “Así es que la revista donde publiqué artículos, entrevistas y notas fue una escuela para mí y una experiencia inolvidable” (*Los diarios* 126). En este sentido, Piglia sabía de antemano que esta experiencia nos marcaría. Su ausencia se convertiría así en una presencia que llevaríamos con nosotras para siempre.

La mayoría de nosotras tuvimos el placer de participar en seminario docente que Piglia impartió sobre Borges. Día tras día, hacía que los textos cobraran vida, manteniéndonos a todas en vilo. Nos dejábamos cautivar por la

natural habilidad para compartir su excepcional conocimiento a la hora de analizar un texto literario. Lo que había empezado como un simple seminario acabaría siendo una experiencia compartida.

Sin embargo, lo más extraordinario fue quizás la manera en que trabajó con cada una de nosotras y cómo nos sirvió de mentor durante estos años de doctorado. Piglia tenía un talento especial para escuchar y también para ayudar a consolidar de manera coherente nuestros fragmentos de ideas y nuestras reflexiones. Nos invitaba a explorar, a seguir nuestros instintos y, sobretodo, a sacar lo mejor de nosotras mismas. Nos alentó a desarrollar nuestro propio potencial, no solamente como estudiantes de postgrado, sino también como futuras colegas.

El momento preciso en que nos sentamos a hablar sobre la creación de la revista *Brújula*, empezamos a encarnar el legado de Ricardo Piglia. El hecho natural de que cada una de nosotras tuviera unas cualidades diferentes que aportar, hizo precisamente que empezáramos a concebir el proyecto como grupo. El proyecto fue adquiriendo forma en la síntesis de varios acercamientos, ideas y experiencias. Todas contribuimos para elaborar, hace ya unos diecisiete años, el primer número de la revista *Brújula*, a la que después se fueron incorporando otros miembros del alumnado de la comunidad educativa de UC Davis, de tal manera que nos fuimos relevando hasta llegar a este número 11, donde los antiguos y nuevos integrantes del comité editorial hemos tenido la oportunidad de coincidir.

La idea inicial era crear una revista interdisciplinaria sobre estudios latinoamericanos en español, inglés y portugués, dirigida por estudiantes de postgrado, cuyos lectores potenciales fueran también estudiantes de postgrado. A pesar de la distancia, ya que algunas de nosotras se marcharon a otras universidades, pudimos seguir trabajando en el proyecto. Adquirimos la costumbre de reunirnos virtualmente para intercambiar ideas y aprender, no sin obstáculos, el proceso editorial pero también la labor más compleja de la comunicación interpersonal. Entre muchas otras cosas, juntas trabajamos la portada, el logo, el índice, la misión y los títulos de las diferentes secciones de la revista. Nuestra función consistía, por ejemplo, en elaborar un plan de negociación para nuestro primer presupuesto y programar los detalles de la publicación, pasando por la redacción de la primera convocatoria. En este sentido, tampoco podemos olvidar la participación y la ayuda nuestras principales instituciones patrocinadoras: El Instituto Hemisférico de las Américas y del antiguo Departamento de Español y Clásicas de la Universidad de California en Davis, ahora bajo el nombre de Departamento de Español y Portugués de la sección de Lengua y Literatura.

Fue también gracias a la comunicación virtual que entrevistamos a Piglia, para la que sería la entrevista inaugural de *topographies*. Desde su escritorio de la Universidad de Princeton, Ricardo compartió con nosotras y con los lectores algunos de los ejes que había desarrollado durante sus largos años de labor intelectual. En esta época, ya pensaba que los múltiples usos de la red eran

instrumentos de comunicación que habían “ampliado y democratizado el acceso a los medios de distribución del saber que antes estaban en manos de grupos reducidos” (*Brújula* 147). Allí también volvió a compartir con sus lectores su relación con las revistas: “Por ejemplo entre 1963 y 1983, formé parte de la dirección de una serie de revistas culturales (entre otras la revista *Los libros* y la revista *Punto de Vista*) que fueron muy importantes en la construcción de espacios culturales alternativos en la Argentina. Una revista es una red que liga múltiples tramas y es un espacio colectivo de participación en el mundo cultural y político” (147). Es justamente en este constante reanudar el proceso de tejer los hilos huérfanos que empezamos a aprender el proceso de escritura y de lectura. Con su generosidad habitual, Piglia nos regaló este primer laboratorio de *Brújula* antes de ser *Brújula*, una suerte de aprendizaje de vida y de experiencia formativa, no solamente para nosotras seis pero para todos lo que participaron, siguen y seguirán participando en la revista.

No queríamos cerrar este homenaje sin hablar del origen del nombre de *Brújula*, que hace referencia, no sólo al instrumento de orientación en que se quiso convertir esta publicación en el plano académico, con un obvio guiño a Borges, sino también al sentido literal, para bromear con Ricardo sobre su habitual, casi cómica desorientación por las racionalmente ordenadas calles de Davis. Con esto en mente y corazón, al despedirnos de nuestro mentor, le obsequiamos con una brújula vieja que no es que no fuera antigua, es que casi no llegaba a *vintage*. En su hermosa casa de Davis donde fuimos a despedirnos, él y

Beba Eguía celebraron la ocurrencia del tributo magnético y ese aparato, que Piglia agradeció más por el gesto que por el objeto en sí, fue apoderándose, cada vez más y por derecho propio de la titularidad del proyecto.

Es más, confundiéndose con el loco reloj al que evoca en su esfericidad y los arcanos de sus puntos cardinales, el tembloroso vacilar de su aguja le dio un respiro al eje temporal: le regalamos el presente que estaba a punto de darnos y ciertamente ya nos había dado con el encargo de la revista. De alguna manera, consuela pensar que con estos párrafos le estamos arrebatando momentáneamente a Ricardo Piglia al tiempo para traerlo aquí, al compartir esta *Brújula* nacida del obsequio mutuo, en lo que sin duda fue un giro argumental inesperado.